

¡El seminario no es el semanario, es el semenario!

Eduardo García Silva

¿Por dónde pasa el psicoanálisis cuando se transmite?, ¿por dónde cuando se enseña?. Lo primero que podemos apuntar es que transmisión no es enseñanza, y que ambas tampoco se excluyen. Desde hace ya muchos años se han venido realizando seminarios de psicoanálisis, con una amplia variedad de temas; esta práctica le ha abierto otra vía al psicoanálisis, otra vía que no la institucional. En los sesenta fue la alternativa que permitió a Lacan ser Lacan, pues seguramente las cosas hubiesen sido diferente si no le hubieran excluido de la IPA. Así pues, esos espacios –prohibidos por la IPA a partir de 1964- marcaron un nuevo camino en el psicoanálisis y su progreso se mantiene hasta ahora.

Pero, ¿qué es un seminario?; podemos de inicio decir lo que no es; no es una clase, porque una clase está determinada por un tema predeterminado y que se “debe” de cubrir para completar un curso; tampoco es un curso, pues un curso es lo que un seminario no tiene a priori, es decir, el curso que el seminario sigue es el que se va tomando a cada sesión, aún cuando exista un tema a tratar, en cada sesión pueden surgir nuevos tópicos a abordar y por otra parte, en el curso tradicional hay una serie de temas que necesariamente deben abordarse dejando poco lugar –o ninguno- para ir más despacio y ahondar ahí donde sea necesario, como sí se hace en un seminario; quizá sobre decir también que no es una serie de conferencias y por qué no lo es, pues ahí no hay dialogo.

Ahora bien, un seminario se trabaja habitualmente con frecuencia de una vez a la semana o quincenalmente, lo que permite que vayan surgiendo inquietudes, dudas y propuestas en los asistentes, en este sentido no hay más “tarea” que la que cada quien asuma. Las dificultades aparecen cuando se pretende hacer de un seminario un curso y entonces el coordinador (dije coordinador no maestro), deja de coordinar para pasar a “determinar” lo que se tiene que hablar y cómo se deben de leer los textos y lo que se tiene que leer en ellos; tal como me lo proponía en una ocasión una participante: “*dinos qué es en lo que nos tenemos que fijar de los textos que leemos*”, pues una maestra –ahora sí, maestra- del lugar donde ella hace su formación así se los “proponía”. De tal forma que al permitir que cada quien lea lo que pueda, se permite también que la producción sea la de cada quien y no la que “se espera”, como en los cursos, que por lo mismo hasta hacen exámenes, pues en esos cursos “se espera” que el alumno dé cuenta de lo que se le enseñó, lo que a su vez hablaría de la calidad, no solamente del alumno evaluado, sino del maestro. Así las cosas, se le pide al alumno que sea bien agradecido y que demuestre que el esfuerzo del maestro no fue en vano . Por su parte, en un seminario se deja que cada quien aprehenda y aprenda lo que se permita, y ahí no hay más retribución para el coordinador que la propia, aquella que tiene que ver con sus propias expectativas y formación, pues un seminario no forma menos a quien lo coordina que a los que asisten; de tal

manera que no “se espera” de los asistentes una “retroalimentación”, ni siquiera el agradecimiento por lo que hayan aprendido y aprehendido, pues nada tiene que ver aquí un deseo de “ayudar al semejante”, ya que existe una pregunta obligada para quien se dispuso a la realización y coordinación de un seminario: ¿por qué lo hizo?, pues nadie obliga a nadie a dar un seminario, por lo que suponemos un motivo egoísta en todo esto. En otras palabras: ¿qué quiere alguien que abre un seminario?, y es que “el querer” no deja de jugarse, incluso así como se lo entiende coloquialmente: “cosas del querer”. Volveremos sobre esto.

Pero bueno, ¿qué es lo que se transmite en un seminario y por qué los asistentes se mantienen en él aún cuando no recibirán ningún diploma?; estas son las preguntas que me surgen cuando pienso en la dinámica del trabajo del seminario y en la participación de los asistentes. Pareciera que lo que se transmite no es tanto el conocimiento acerca del psicoanálisis en su forma de datos, fórmulas, formulismos ni conceptos –aunque estos efectivamente pueden pasar por el seminario-, sino que lo que se transmite es **el amor** al psicoanálisis; amor que pasa por la pasión de abordar un texto –transferencia al texto-, por la inquietud de buscar en él algo más que palabras, por el interés de –¿por qué no?- comprender lo que el texto nos quiere decir, por el gusto de dialogar con otro y discutir el tema de interés, en fin, todas las formas que el amor acá pueda tomar. Pero este amor no pasa si el coordinador no ama; si no ama al psicoanálisis o a los asistentes, pues la manera en que el coordinador “ofrece un saber” sobre el psicoanálisis o del psicoanálisis es justamente no dándolo, por eso cada quien tendrá su lectura, por eso lo que el coordinador da en lugar de ese saber es **siempre** otra cosa; es nada; pues ese saber tampoco él lo posee, y llegamos al punto: el coordinador del seminario da lo que no tiene y entonces: ama. Es por esto que quienes escuchen esto que se da –y que no está- pueden corresponder, dando a su vez su saber que tampoco tienen, entonces surgen las preguntas, los desacuerdos, las críticas y luego –solamente después- el seminario **es**.

La subjetividad del psicoanálisis se hace presente de esta manera al articular “algo” entre todos y cada uno de los participantes incluyendo, por supuesto, al coordinador-amante. Por eso ahí quien no ama no se sostiene en el seminario y lo abandona al no encontrar lo que esperaba; último recurso del amante fallido y desilusionado: el abandono. Ese “algo” que se transmite, ¿o debería escribir “**transmete**”?- es un imposible de decir, de ubicar y de objetivar, basta con preguntar a los participantes por qué están en el seminario y cada uno dará una respuesta muy distinta. Si hay algo imposible entonces hablamos de la dimensión de lo real; pero esto no es mera ocurrencia mía, pues ya Freud nos da cuenta de esto, de cómo a él mismo se le transmitió la esencia del psicoanálisis, pues nunca dejó de señalar que el sueño es la vía regia hacia el inconsciente y siempre lo consideró como su principal obra y soporte, me refiero por supuesto a la *Interpretación de los sueños*, veamos:

Hay un sueño que inaugura a toda interpretación y es el de la *Inyección de Irma*; no me voy a detener en todo su contenido. En algún momento surge ante la percepción de Freud la fórmula química de la trimetilamina; bien, esta sustancia

según me comentó un médico que asistía a uno de mis seminarios, es un componente que se encuentra en el semen¹, así que lo que está en juego apunta a la sexualidad; y también ya sabemos la importancia de la sexualidad en el sujeto y en el psicoanálisis.

Tenemos entonces amor y sexualidad; es de lo que principalmente habla un analizante en su análisis, es lo que principalmente anuda al psicoanálisis como propuesta para leer al sujeto –como teoría- y es lo que principalmente se aborda también en el seminario, tanto en lo que ahí **se** habla, como lo que **se** juega entre los participantes. Recuerdo en este momento los diálogos de Sócrates –que Platón se permitió escribir seguramente por amor a él- donde lo que permite que cada uno de estos diálogos exista es precisamente el amor. Entonces un seminario bien puede leerse como ese lugar donde se reúnen cierto número de personas a hacer el amor con la palabra –o bien, con la lengua-, es decir a hablar y a escuchar por amor, como lo propusimos al inicio de este texto.

Así pues, si algo se transmite en el seminario –en todo su sentido erótico y sexuado- es porque lo que se dio –que no se tenía- germinó en otro y para otro.

¿Qué tanto entonces nos permitiremos llamarle ahora al seminario **semenario**, donde por amor pasa lo imposible de decir cada vez que más de dos se re-únen?, he ahí la importancia de no hacer de un seminario solamente un semanario, porque ahí la cosa ya no va, como en esas parejas que pueden acostarse todos los días juntos y solamente hablar y hablar para entenderse muy bien pero que ya nada se transmiten.

¿La formación de un analista no tiene un camino semejante, no es por amor?, ¿no es porque algo se transmite que algunos dicen que un analista sólo es analista cuando ha tenido un analizante que devino en analista y ahora éste tiene un analizante que esté por devenir analista?. ¿No es eso amor?.

Si eso no es amor, entonces Lacan no enseñó nada, pues ahí se encuentran todos los elementos de la enseñanza lacaniana. Así cuando voy a un seminario por un saber que supongo que alguien tiene para darme (sujeto-supuesto-saber), salgo no con ese saber, sino con otra cosa, otra cosa que no le puedo **explicar** a nadie, algo de lo que contándolo se perdería para el otro que escucha, algo que de alguna manera me hace sentir en falta –no pocas personas suelen vivir ciertos montos de angustia cuando en el seminario empiezan a sentir que no saben nada y que les **falta** mucho por leer, conocer y saber-, lo que me relanza en un movimiento pulsional a intentar después en otro seminario y luego en otro y luego en el siguiente, entonces tenemos el riesgo de convertirnos en un Don Juan del psicoanálisis, siempre queriendo poseer a su verdad, intentando seducir textos para que nos den su secreto contenido, y siempre desilusionados de que eso que encontramos no es lo que en realidad queríamos, pero donde aún

¹ También encontré recientemente este mismo dato a modo de sugerencia basada en conclusiones químicas y fisiológicas firmes en la revista ¿"Litoral " o "Me cayó el veinte"?

así disfrutamos de este desencuentro que sin embargo mucho nos enseña, entre otras cosas, nos enseña que es imposible de saberlo todo, imposible de serlo todo, imposible de decirlo todo, en suma, que es imposible de tenerlo todo: pero esto mismo es lo que nos ataja el camino a esa verdad que nunca se cansa de no llegar, pues cuando dejamos de buscar es cuando encontramos. En un seminario por eso hay encuentros, porque hay desencuentros, y es que en un desencuentro encuentro, pues ¿cómo podría alguien estar en desacuerdo con algo o con alguien en el seminario, o como alguien podría no comprender algo sino es porque justamente ya hay **algo** que le indica lo que sería verdad o lo que no lo sería para sí mismo?, es por eso también que una verdad –una, no La- es la de cada quien, esa verdad que Freud ubicaría desde 1897 en su carta 52 a Fliess², más allá del sujeto, ahí donde la percepción acaso apenas y daría cuenta de la verdad de lo que es en tanto que sólo se percibe, aquella verdad que Lacan situará del lado del agente en sus cuatro discursos y a la que se llega luego de cierta pérdida en el acto en que el agente produjo³ algo. Por eso también puede ser tan subjetiva, porque después de la articulación según el discurso sea del amo, del universitario, de la histérica o del analista; la significación posible siempre será distinta. En el seminario las cosas no son diferentes, pues ahí un sujeto en falta se lanza a producir (una escritura, una escucha, etc.), para luego seguir deseando ante la evidencia de que seguirá en falta para decirlo con Lacan, o porque lo que consigue –quizá un saber- nunca será el que alguna vez creyó poseer, para decirlo con Freud, ese eterno retorno a lo que está desde siempre perdido y que nunca es articulable por ningún saber ni por ninguna comprensión.

Aquí, para terminar –por ahora- me permito dedicar este escrito a esa mujer que nunca puedo entenderla toda y que hoy vuelve, regresa de Egipto, de esas tierras que tanto fascinaron a Freud y que Lacan no dejó de visitar, tierra de enigmas -¿de mujeres?- de verdades anunciadas y veladas, no dichas todas; para decirle yo a ella que me **hace falta** , por eso sigo, por eso estoy, por eso soy.

¿Después de esto puede pensarse que un seminario es sencillo de describir; que la transmisión del psicoanálisis es objetivable; que el amor no es complejo e imprudente?

² Freud, S. (1897) Carta 52, tomo I, Obras Completas, Amorrortu editores.

³ Lacan, J (1970) Seminario 17, El reverso del psicoanálisis. Sesión del 10 de junio de 1970. Paidós.